SEMBLANZA HUMANA DE MANUEL ALONSO ALCALDE

PRIMEROS AÑOS, PRIMEROS AMIGOS, PRIMEROS VERSOS

Una revistilla publicada, año 1935, en el vallisoletano Colegio de Nuestra Sra. de Lourdes —Hermanos de la Doctrina Cristiana— dedicaba parte de su número a describir el carácter y aptitudes de los alumnos de 6.° curso de bachillerato, ya con un pie en el estribo de la terminación de sus estudios. Entre dichos alumnos se contaban tres muchachos que, al correr del tiempo, se convertirían en destacados escritores, Miguel Delibes, el malogrado Enrique Gavilán y Manuel Alonso Alcalde. De éste, a quien por cuenta propia asignaba la publicación el enfático apelativo de «el poeta», decía, con ingenuo empaque, lo siguiente: *La patria de Leopoldo Cano, Ferrari, Núñez de Arce y Zorrilla, sigue siendo madre fecunda de ilustres cultivadores de nuestra hermosa lengua y de poetas inspirados. He aquí uno que merece ya el calificativo de tal. Las numerosas composiciones de este joven vate tienen arte, inspiración y pulcritud. Influido en ocasiones por la ternura del sentimiento, se eleva en sus conceptos, hasta el punto de sentirse conmovido, a la contemplación de nobilísimas ideas. Lo bien que declama, la perfección de su trabajo en el teatro, todo revela en Manolo un alma que siente muy hondo. Algo indolente, aunque capaz para los demás estudios, sólo de componer no se cansa nunca. Es pues manifiesta su vocación para las letras. No decimos nada de su carácter un tanto raro. En gracia a su condición de poeta hay que dispensarle muchas cosas.* Diez años después de haberse publicado dicha nota, debida probablemente a la pluma de alguno de los profesores de la clase, aparecía otra, esta vez en la madrileña «Estafeta Literaria», cuando ya el adolescente de Lourdes se había convertido en «todo un mozo» que, de cuando en cuando, hacía su escapada a las tertulias literarias de la Villa y Corte, donde contaba con numerosos amigos, poetas, intelectuales y escritores. La nueva descripción, fechada en 1944, la firma Victoriano Crémer Alonso, el gran lírico leonés,

bastante renombrado ya entonces. Escribía Crémer: *Manuel Alonso Alcalde, feo y cordial, ha sostenido durante tanto tiempo la brutal tirantez de sus nervios (durante la tertulia que comenta), que, al fin, estallan, y es todo él —ojos, boca, manos— una explosión arrebatadora y anonadante. A través de su vertiginosidad no es fácil observarle, pero, si conseguís sorprenderle en una pausa —cosa no muy fácil—, lograréis apreciar uno de los temperamentos más ricos...*

Resulta interesante observar cómo, pese a los distintos ambientes que recoge la doble etopeya, y el largo lapso de tiempo que media entre una y otra, ambas ofrecen un factor común: la vocación y entrega de Alonso Alcalde hacia la poesía y su carácter ardiente, apasionado y sincero, aspectos que, afortunadamente, conserva inalterados todavía. Como escribió en alguna ocasión Francisco Javier Martín Abril, cuando Alonso Alcalde se presenta en un grupo de amigos, no hace ya buen tiempo o mal tiempo, *hace Manolo.*

Quizá lo que se lleva escrito pueda parecer fuera de lugar, puesto que no alude directamente al tema concreto que nos hemos propuesto en estas páginas. Entendemos, sin embargo, que la biografía del personaje quedaría desdibujada si no intentásemos enriquecerla mediante el toque humano, el dato significativo y la anécdota reveladora.

* * *

Nacido en Valladolid el día 7 de julio de 1919, ya se ha indicado que Manuel Alonso Alcalde empezó a cultivar la poesía siendo alumno del Colegio de Lourdes, donde ingresó con diez años y salió con dieciséis, siempre en régimen de internado, por residir su familia en Barcelona (1925-39). Y un internado en aquella época, como Alonso Alcalde ha escrito alguna vez, representaba *algo muy serio,* una interminable experiencia vivida día a día, año tras año, en un mundo monótono y cerrado, *dormitorio, capilla, clase, patio de recreo, comedor, clase, capilla, dormitorio, y vuelta a empezar,* y así a lo largo de los nueve meses de curso, durante los seis de que se componía entonces el bachillerato. Sólo que, para el adolescente que Manuel Alonso Alcalde era entonces —hemos vuelto al año 1935, en que Manuel aún no había pasado de ser Manolito, un chico quinceañero en sexto de bachillerato—, aquella existencia había descubierto, en su afición a la literatura, una salida, algo así como una aspillera a la libertad y la luz. Por cierto que la incipiente dedicación al arte escénico por parte del muchacho, a que se refiere la nota, cristalizaría, veinte años después, en su revelación como dramaturgo, aspecto que, junto al de poeta y escritor de relatos breves, componen su figura literaria actualmente.

Miguel Delibes, en el prólogo del libro de Enrique Gavilán: *Valladolid: tierras de pan y vino* ha evocado estos años con toda la ternura de que es capaz, honda y cálida, de la que acostumbra a defenderse con pudoroso ademán morugo: «*El* (Gavilán) *y Manolo Alonso Alcalde eran las grandes plumas —en prosa el uno; en verso, el otro— de aquel inolvidable curso de Literatura que profesaba el hermano José María*».

Quizá convenga señalar aquí que Manolito, para sus compañeros de clase y profesores, así como en la mencionada revista del colegio donde se publicaron sus primeros versos, se revelaba como autor de poemas —«poesías», dirían entonces— de corte estrictamente tradicional. Pero lo que ni sus compañeros ni sus profesores sospechaban, ni llegaron nunca a sospechar, era que, a escondidas, de forma casi vergonzante, escribía otro tipo de versos de carácter vanguardista, inspirados, tal vez, por sus lecturas de Jorge Guillén, Vicente Aleixandre y otros poetas de los que figuraban en la reciente aparecida «Antología», de Gerardo Diego, todos, entonces, de ultimísima hora. ¿Cómo iba a atreverse un muchacho a confesar a nadie que leía, por ejemplo, a Larrea? ¿Y, encima, que esa lectura le apasionaba aún más que la de Quintana o Zorrilla, verbigracia, autores que el profesor de literatura exigía leer a los alumnos?

Aquellos versos «vanguardistas» los trasladaba Alonso Alcalde, en su redonda caligrafía de escolar, a un cuaderno con pastas de hule negro , que daría bastante juego después. Porque sucedió que, vecino de la casa de la calle de Lencería donde vivían los abuelos de Alonso Alcalde, y a la que éste solía acudir en sus dominicales salidas, había un joven poeta, 20 años de edad por entonces, José Suárez Carreño, quien, con el correr de los años, llegaría a consagrarse con los tres galardones más importantes, en aquellos tiempos, y aun en estos, del panorama literario español: «Adonais», «Nadal» y «Lope de Vega».

Daba la casualidad de que Suárez Carreño era algo pariente de Gavilán, compañero de curso de Manolo, lo cual motivó que ambos poetas entrasen en contacto en seguida, sin que el muchacho perdiera de vista, como era entonces lógico, la diferencia de edad que separaba a los dos, y la reverencial admiración que debía a su vecino desde que éste había leído a Manolo alguno de los hondos poemas que tenía manuscritos.

Fue Suárez Carreño la primer persona que, aparte de su autor, claro está, tuvo acceso al cuadernito de hule negro; y hasta tal punto le agradó su lectura, unida a las extrañas peculiaridades que concurrían en su autor, que se dedicó a propalar, entre sus amistades literarias, la noticia:

—¡Un crío, metido en un internado, que hace poética creacionista! ¡Y bastante buena, además!

De ello se derivaron algunas positivas consecuencias para Manolo: una relación epistolar, de largo tramo, entre el chico y Vicente Aleixandre, con quien, también por carta, estaba Suárez Carreño en asiduo contacto; la aceptación, por parte de *Caballo verde para la poesía,* la famosa revista de anteguerra, de una colaboración del niño-poeta —colaboración que el estallido de la guerra civil frustraría—, y la amistad de Jorge Guillén.

Pero esto último lo ha contado Manuel Alonso Alcalde en uno de sus artículos de colaboración en «El Norte de Castilla», publicado con motivo de la celebración, y consiguiente homenaje, del 80 aniversario del nacimiento de nuestro ilustre paisano. Reproducimos dicho artículo:

> «En el año 1935, uno era un pipiolín de 15 añitos, interno en un colegio y clandestino autor de un cuaderno de versos surrealistas. Un crio, en esa época anterior al «young power», podía jugar pasablemente al fútbol, vestir un llamativo pantalón bombacho e, incluso, dedicar una tirada de endecasílabos al Conde Ansúrez, sin que nadie llegase a reparar en su existencia. Pero ponerse, con quince años, a hacer surrealismo y poesía pura, constituía un caso tan insólito como para pasearlo por ahí convertido en fenómeno de feria. Aunque los versos fueran malos, como probablemente lo eran. Dos poetas vallisoletanos, Gerardo Landrove y José Suárez Carreño, cuatro o cinco años mayores que yo me habían brindado su amistad, pero de igual a igual, sin ninguna clase de paternalismo. No es difícil imaginar lo que eso representaría entonces para mí. Salía con ellos algún que otro domingo, les leía mis versos, regresaba, mareado de vanidad, al colegio, y ahí terminaba todo. Un domingo, sin embargo, me citaron en una terraza de Ferrari.
>
> —Ha venido Jorge Guillén —dijo Suárez Carreño—. Le he hablado de ti y quiere conocerte.
>
> ¡Nada menos que Jorge Guillén! ¡Yo que me sabía —y me sé aún— todo el «Cántico» de memoria!
>
> Llegó, efectivamente, alto, pulcro, delgado, sonriente y puntual, con sus ademanes cuidados y sus lentes de montura de oro. Me saludó con deferencia, pidió al camarero una gaseosa para mí y me preguntó si traía el cuaderno, uno de pastas de hule negras, donde yo había garabateado, con mi caligrafía infantil, aquellos extraños poemas.
>
> —¿Me lo dejas leer?
>
> Y Jorge Guillén, nada menos que Jorge Guillén, se adentró en la lectura de los versos de un muchachito de quince años, versos sin puntuación, como uno había visto en Vicente Huidobro.

—¿Por qué no puntúas? —me preguntó—. La ortografía nada tiene que ver con la originalidad.

Y me pidió que le prestase el cuaderno para puntuármelo él mismo. Y cumplió su promesa. Algún tiempo después, Suárez Carreño me devolvía, corregido por el maestro, aquel manuscrito, que aún conservo.

* * *

Desde entonces, y han transcurrido casi cuarenta años, no he vuelto a saludar personalmente a Jorgue Guillén. Pero estoy seguro de que si llega a leer esta pequeña, y hasta si se quiere trivial, anécdota, recordará a aquel niño-poeta de pantalón bombacho, convertido ya en un hombre maduro, pero con la ilusión intacta como en el año 35. Jorge Guillén me ofreció en aquella ocasión su amistad y a su ofrecimiento me atengo. Quizá, ahora que acaba de cumplir sus primeros ochenta años, valga esta historia para añadir un matiz más a su biografía: el de su comprensión, su generosidad, y su hidalguía. No resulta frecuente, ni mucho menos, que una persona como Jorge Guillén, por tantos conceptos señera; un poeta ilustre; un vallisoletano universal, acceda, con absoluta sencillez, a tomar en serio los balbuceos literarios de un chavalín de pantalón corto. Una atención que yo nunca agradeceré bastante y que, personalizaciones a un lado, puede servir, sin duda, para dar la medida de su auténtica dimensión humana.»

Años más tarde, evocaría Jorge Guillén aquel encuentro; así, en 1941, en una carta fechada en el estadounidense Colegio de Wellesley donde impartía sus lecciones de Literatura Española, decía a Alonso Alcalde: *Tengo muy presente la ocasión en que tuve el gusto de verle el verano de 1935... Usted era jovencísimo, casi una criatura. Sí, sí, ¡un escolar de los Baberos! Usted era poeta, un poeta evidente, con el más evidente don divino...*

Supongo que el lector de esta semblanzadeseará conocer alguna muestra poética de las contenidas en aquel «secreto» cuaderno; e incluso compararlas con las otras composiciones, de acento clásico, brotadas de la pluma con palillero de aquel chaval de quince años recién cumplidos; este sonetillo, por ejemplo, dedicado al invierno:

La rosa de la lluvia se deshoja
melancólicamente. El aire helado,
de las flores marchitas que ha guardado,
al cadáver del árbol le despoja.

El camino se borra y alguien gime.
Pasa sin detenerse un caminante.
Hay una luz irreal en el instante
y un miedo a no sé qué que nos oprime.

Detrás de los cristales empañados
unos ojos despiertos y cansados
se hastían de esperar. La llama rubia

que en unos leños se retuerce, alienta,
mientras se escucha, interminable y lenta,
la pesada salmodia de la lluvia.

Junto a un poema, como el transcrito, otro, de los de carácter surrealista que puntuó el autor de *Cántico* según se acaba de explicar:

LA TRISTEZA

La tristeza como una mariposita amarilla
invade hasta los hombros el cuerpo hecho ya piedra.
La tristeza repica sus campanas de alambre,
esa mansa tristeza ignorante de todo.
Y dulce, dulcemente
invade los pechuelos sobre los corazones,
hechos también de pluma y de suspiros.

Respóndeme, tú, niña o pino verde,
sencillamente como el color de rosa.
Porque siento cómo se me desmiga entre los dedos
mi corazón, tan triste,
cómo —oh, mansa— la tristeza lo invade todo, todo...

* * *

A las primeras amistades literarias de Manolo, habría que añadir otras, aunque literarias, en cierto modo, también, como el paso del tiempo iría poco a poco demostrando, menos convencionales que aquéllas, más humanas: así la de sus compañeros de curso, Miguel Delibes —con quien Manolo ingresó en 1929 en el colegio, estudiaría año por año el Bachillerato y

curso por curso, más adelante, la carrera de Derecho— y Enrique Gavilán, ya por entonces inclinado a hacer periodismo, en aquel caso deportivo, en la revista colegial. A ellas, hay que añadir la fraternal amistad que unió, y aún une, a Luis López Anglada con Manuel Alonso Alcalde, provinente, según ha escrito éste en alguna ocasión, del influjo de unos mismos astros sobre sus respectivos hados, como venidos ambos al mundo el mismo mes del mismo año y con muy pocos días de diferencia.

Y si no es así, lo parece, puesto que no cabe duda de que entre las dos existencias hay un sorprendente paralelismo: Luis López Anglada nace en Ceuta y Manuel Alonso Alcalde en la Plaza Mayor de Valladolid; pero a la vuelta de los años, el primero acaba por radicarse en esta población con su familia, mientras al segundo le transcurrirán en la «Perla del Mediterráneo» parte de su juventud y madurez, ya que permaneció en dicha ciudad por espacio de 21 años. Uno y otro emprendieron al unísono su aventura literaria; al unísono publicaron su primer libro y empezaron a colaborar en las revistas de la especialidad de los años 40; en colaboración obtuvieron el primer galardón que figura en su respectivo «palmarés» de escritores; juntos fundaron y co-dirigieron la vallisoletana revista «Halcón», de la que hablaremos con algún detalle más adelante, ambos, en fin, eligieron idéntica profesión y contrajeron matrimonio poco más o menos por las mismas fechas. Lógico y obligado, pues, hacer alguna alusión en estas páginas a la prehistoria de amistad tan entramada en la doble biografía.

Anglada, en 1935, estudiaba en el Instituto «Zorrilla», del que, por esa época, era catedrático de Lengua y Literatura el inolvidable don Narciso Alonso Cortés, cuya agudeza para penetrar en la psicología de sus alumnos era ya proverbial. Don Narciso había descubierto la condición de poeta, tan tempranero como auténtico, que se revelaba en López Anglada, a quien invitó a colaborar en «Aula», una pequeña publicación que editaba el Instituto para uso literario del alumnado.

El Gobierno de la República había secularizado los institutos religiosos dedicados a la enseñanza, entre ellos los Hermanos de la Doctrina Cristiana que regían el Colegio de Lourdes, y dispuesto que los alumnos de dichos centros no se examinasen, como hasta entonces, en éstos, sino en los respectivos Institutos de Enseñanza Media. El profesorado de Lourdes temió —la verdad que sin fundamento, como se demostraría después— que la crispación que provocaban estos temas, pudiera desencadenar una «ofensiva pedagógica», contra su sistema de enseñanza, por parte de los profesores del «Zorrilla». Y para prevenirse contra ella, los Herma-

nos aparte de incrementar en lo posible la preparación de sus discípulos, procuraron hacer patente la excelencia de sus métodos didácticos mediante los alumnos que hubieran destacado en algunas determinadas asignaturas, aunque éstos, como sujetos pasivos del «invento», fuesen los que habían de dar la cara.

Así, el Hermano José María —extraordinario profesor, por otra parte—, que impartía la clase de Literatura, encargó a Manolo, conocidas sus aficiones, un «ramillete de composiciones», que el chico debería escribir, primero, y presentar después ante el Tribunal examinador, llegado el momento de la temida prueba oral. Y Manolo escribió sus versos y se avino, obediente, a presentarlos en el examen de Literatura de junio. El Tribunal lo presidía don Narciso. Cuando el muchacho se acercó a la mesa y adelantó el mazo de cuartillas manuscritas, preguntó aquél:

—¿Qué trae usted aquí?

Manolo, respondió, en un susurro:

—Son poesías.

—¿Suyas?

—Sí, señor.

Aquello le cayó bien a don Narciso. Se trataba, sin duda, de la «genialidad» de algún maestro, pero, al menos, demostraba cierta inquietud pedagógica. Tomó las cuartillas, leyó pacientemente los poemas y, al terminar, asintió con un gesto. Resumen: que, tras unas preguntas relativas al programa, formuladas a continuación, que valieron al examinando una sonrisa colectiva del Tribunal y una matrícula de honor —¿quién mejor puede hablar de versos que quien los escribe?—, don Narciso indicó a Manolo que se pusiera al habla con la redacción de «Aula», «por si le interesa colaborar con alguna poesía suya en la revista».

Así fue, a través de «Aula» cómo Manuel Alonso Alcalde entró en contacto con Luis López Anglada.

* * *

Al acabar el Bachillerato, en 1936, Manolo no había cumplido aún los 16 años, aunque le faltaban ya pocas fechas. Con su título de Bachiller, todavía calentito, en la maleta; sus 200 pesetas para el viaje; su ilusión de adolescente, y la primera leche de poeta en los labios, emprendió Manuel Alonso Alcalde el viaje a Barcelona, para reunirse con sus padres, residentes en la Ciudad Condal.

Y allí le sorprendió la guerra, durante la cual, y aparte de los sufri-

mientos anejos a la condición de «población civil» de su familia y las terribles vivencias de hambre, frío, temor y bombardeos —alguna de las cuales ha aparecido posteriormente en sus relatos, por ejemplo, el titulado «Noche de gatos y bombas»—, leyó sin parar en la copiosa biblioteca de un amigo de su padre —un vallisoletano apellidado Ochotorena que vivía también en Barcelona—, y miró, recorrió calles y anduvo de un lado para otro, que es otra manera de documentarse.

Hasta que el final de la contienda le devolvió de nuevo a Valladolid, a cumplir el servicio militar y matricularse en la Facultad de Derecho. Aún no tenía 19 años.

* * *

De su vida colegial, queda, como recuerdo, este soneto, dedicado «al Hermano Enrique, su primer maestro», y escrito cuando ya Alonso Alcalde hacía algunos años que había abandonado las aulas, el refectorio, las clases y pasillos del Colegio de Lourdes:

Maestro es modelar la nueva arcilla
y Hermano Enrique ser el alfarero;
maestro, vigilar el semillero
donde vertió su mano la semilla.

Y es llevar una fila a la capilla
o sacarle la punta a un lapicero,
y es ver llorar y estar allí el primero
para enjugar el llanto y la mejilla.

Y es dejarse adentrar por un cariño
que alguna vez habrá de desceparlo,
y es ser muy viejo para ser muy niño.

Y es llevar siempre el corazón dispuesto
a partirlo, morirlo o regalarlo:
maestro y Hermano Enrique, en fin, es esto.

JUVENTUD Y POESIA

Valladolid, en la «década de los 40», constituía una recoleta población le tranquilas plazuelas con bancos; inviernos con acogedores soportales, y

primaveras y veranos con acacias, parterres y golondrinas; viejos cafés, espesos de humo de tabaco, donde reunirse con la «peña» a jugar la partida de mus, chamelo o garrafina, y una calle, la de Santiago —prolongada, en cuanto llegaba el buen tiempo, hasta la Acera de Recoletos—, para el diario rito social del paseo.

Pero, quien tuviera interés en ello, podía vivir aquí su excitante experiencia literaria también; la misma que en Madrid, sino que reducida a dimensiones más llevaderas y cordiales. Contaba en esa época Valladolid con hombres destacados: el maestro don Narciso Alonso Cortés, de renombre nacional; los catedráticos de Literatura Correa Calderón y Blecua; el escritor don Francisco de Cossío; los pintores Manuel Mucientes y Sinforiano de Toro; el escultor Vaquero; los poetas Luelmo, Pino, Nicodemes Sanz y Ruiz de la Peña, y Francisco Javier Martín Abril; el dramaturgo Luis Maté...

Había también una tertulia, nacida al calor del recién inaugurado «salón rojo» del café Cantábrico, que reunía a un inquieto grupo de intelectuales y escritores, como el mismo Cossío, Terán, Oviedo y Sabino Alonso Fueyo, grupo al que en seguida se incorporarían Luis López Anglada, el entonces jovencísimo poeta Arcadio Pardo, el original y agudo crítico —pronto catedrático de Literatura también— Dionisio Gamallo Fierros, y el estudiante de Derecho y Magisterio, y soldado del Regimiento de San Quintín, Manuel Alonso Alcalde.

A medida que crecía el círculo de las amistades literarias de éste, entre las que pronto se contaría la de un magnífico poeta, Félix Antonio González, crecía también su entusiasmo por la literatura «activa», hasta entonces nada más que platónico. Francisco Martín Abril le brindó las columnas de «Diario Regional» y los micrófonos de «Radio Valladolid» que dirigía, y en unas y otros empezó Alonso Alcalde a colaborar, con mayor asiduidad y dedicación cada vez. Sin embargo, aún no había encontrado su propia voz poética, y él lo sabía. Fue a raíz de una excursión por los Montes Torozos, cuando se produjo ese encuentro: concretamente, al regresar a su domicilio, impresionado todavía por la huidiza imagen, entrevista durante aquel paseo, de un paleolítico y salvaje pastor; se sentó ante una cuartilla y brotaron los versos por sí solos:

Perfil salvaje, sin pulir, al vivo:
bloque, veta, guijarro, cuero o tierra;
le duelen las entrañas de la sierra
y es hosco y huidizo como un chivo.

Papel de lija y polvo masticado.
Su carne, que no siente ni se eriza,
con las botas machaca y pulveriza
la dureza del monte no pisado.

Pastor de los Torozos, caramillo
de silbidos con corte de cuchillo;
blasfemias y gruñidos las palabras;

olor agrio a resina, oveja y perro
y piel enroñecida como el hierro,
en soledad de lluvias y de cabras.

En esta primera pieza —primera en el tiempo, se entiende— de la obra de Alonso Alcalde, aparece, también por primera vez, el personal estilo del poeta, *neorromántico y rehumanizador* como lo describió Rafael Morales, y con *esa dignidad tranquilizadora de la obra bien hecha,* en opinión de Florencio Martínez Ruiz.

El soneto del pastor encabezaría poco después el cuaderno de versos que publicó Alonso Alcalde, en la colección «Albor» de Pamplona, dirigida por José Díaz Jácome, en 1941. El librito hizo su aparición bajo el título de *Los mineros celestiales,* y es el que encabeza la relación bibliográfica de su autor. Como viene siendo habitual, y más cuando se empieza, el cuaderno fue ampliamente difundido, entre críticos y amistades, por aquél; uno de los ejemplares llegó a las manos de Francisco de Cossío, director entonces de «El Norte de Castilla». Deslumbrado, casi desvanecido por la impresión, leyó, pocos días después, Alonso Alcalde, en lugar destacado del periódico, el siguiente artículo, debido a la pluma de Cossío:

LOS ALBORES DE UN POETA

«Albor» se titula un cuaderno de poesía de Manuel Alonso Alcalde, y en el que aparecen cuatro poemas de un libro en preparación. Este poeta nació en 1919; cuenta, pues, veintidós años, y yo me complazco en afirmar que para mí es la gran revelación poética que se ha ofrecido en España después de nuestra guerra. Confieso que comencé a leer este cuaderno con cierto prejuicio poco favorable. La presentación de unas hojas sueltas, en esa calidad de libro que no puede guardarse en una estantería, y que hay que conservar en carpeta, como se conservan los impresos raros, predispone en mí un movimiento de no excesiva cu-

riosidad. Estos cuadernos llegan, en su aparente modestia, con cierto tono impertinente, como diciendo, soy exquisito, en pequeñas dosis, y la buena poesía ha de gustarse a sorbitos. Mas en este caso, conforme fui avanzando en la lectura, estoy por decir que desde que me enfrenté con el primer verso, sentí esa extraña emoción del descubrimiento.

Nos hallábamos en una verdadera pausa de poesía. La generación anterior apenas si enviaba unos leves destellos, y la juventud que había soñado versos en las trincheras o que comentaba en la retaguardia las gestas épicas de sus compañeros no sabía ofrecer sino balbuceos entre un torrente de tópicos y frases hechas, que iban indistintamente de la prosa al verso, o viceversa. En esta poesía de la postguerra faltaba el acento personal e íntimo, la media voz, el sentido directo de la emoción. Esperábamos que surgiese el poeta nuevo, y he aquí la clave de mi sorpresa al penetrar en la poesía de Alonso Alcalde. He aquí un poeta muy antiguo y muy moderno, y con las dotes esenciales del poeta, y, sobre ellas, las de adivino.

Alonso Alcalde no es propiamente un lírico. Su inspiración tiene un tono más amplio y más profundo. Su poesía trata de penetrar en todos los secretos del universo, en los espacios siderales y en el fondo del mar.

La gran potencia de este poeta se halla en convertir los elementos cósmicos en motivos humanos, que muevan la sensibilidad propiamente lírica. El tema no le hace perder la naturalidad y no le deriva nunca hacia lo declamatorio y retórico. En este aspecto está más cerca de Góngora que de Tasara.

¿Qué existirá en el mundo cuando todos los seres vivos desaparezcan de él? ¿Qué noción del universo tendrá el hombre sumido y muerto en el fondo del mar? El poeta en estos dos casos penetra en el sentido de las más profundas imágenes con aliento de verdadero poeta; es decir, de adivino. Y, sobre todo ello, un fondo profundamente religioso. Alonso Alcalde es fundamentalmente un poeta católico.

No teniendo para juzgarle sino estas breves primicias, las juzgo suficientes para poder afirmar que Valladolid, tan pródigo en poetas, tiene hoy un joven poeta, en el que aparecen valores singulares. Fantasía, sensibilidad, fuerza expresiva, tono original... En suma, que en Alonso Alcalde podemos ver un valor evidente de la nueva, o por mejor decir, de la novísima generación, pues el tiempo pasa y los que ayer blasonaban de jóvenes empiezan a no serlo.

También Martín Abril se hizo eco del poemario en «Diario Regional»: *La poesía de Manuel Alonso Alcalde* —escribía— *es dura y serena, como una escultura helénica; melancólica, como un treno de Jeremías; y burilada, como un diamante. Pero no basta decir esto. Por todos sus poemas*

corre un viento de trasmundo que los trasfigura y eterniza... Después de leer estos versos, ¡qué pequeñas nos parecen las cosas de aquí abajo! Los mineros celestiales son incompatibles con la mirada torva, el paso corto y el ademán mezquino. Y para terminar, sólo una frase: ¡paso a un poeta!

El cual ya comenzaba a bullir en el mundillo literario vallisoletano; dando recitales por una parte y otra, singularmente a través de los micrófonos de «Radio Valladolid»; realizando incursiones poéticas por capitales y pueblos de la región; conectando con los círculos «José Zorrilla», «Marqués de Santillana» y «Hernando de Acuña», alentados por don Narciso Alonso Cortés o acogidos a la hogareña solicitud de doña Rita Recio, en los que ya pugnaba una nueva generación, con nombres que adquirirían notoriedad en el futuro, como los de Luis López Alvarez, Enrique Cimas, Juan Antonio Lázaro y tantos otros; en fin, dejando, con entusiasmo de vate romántico, la impronta de su apasionada, inconformista, lírica juventud, en la revista de los Luises «Valor y Fe», en la que tantos vallisoletanos se iniciaron literariamente y a la que habrá que hacer justicia algún día como semillero de fecundas, muchas y grandes, vocaciones literarias.

* * *

En 1940 obtuvo Alonso Alcalde —«ex æquo», como se dice ahora, con Luis López Anglada— el primer galardón literario de su vida. La cosa ocurrió así: un día se presentó Anglada en la tertulia del «Cantábrico» con un recorte de periódico que mostró a Manolo. Se trataba de las Bases de unos Juegos Florales, que el Ayuntamiento de Palencia acababa de convocar con motivo del centenario del glorioso palentino Jorge Manrique.

—¿Escribimos algo para mandarlo aquí?

—Naturlamente, ¡y ahora mismo! ¡Vamos!

Salieron los dos; se procuraron por el camino unas cuartillas y un par de lápices; se metieron en una solitaria taberna; pidieron unas copas y se pusieron a escribir, voleándose uno a otro los versos como una lírica pelota de tenis:

«Caballero bien nacido,
el mejor que calza espuela:
buena armadura de plata,
buen señor el que la lleva;
en el tahalí labrado
los colores de la Reina.
¡Quién te viera, rey de alturas,
asaltando las estrellas!...»

Asaltar las estrellas: eso es lo que pedían a dúo ambos poetas, o lo que venía a ser igual, escalar las almenas a cuerpo limpio, sin capacete, «sin paracaídas», como en el cuento, para demostrar al Emperador que el valor de los españoles no podía ponerse en tela de juicio y que éstos tomaban aquella torre, y las que se les pusiesen por delante, como fuera, aun a riesgo de que alguno de los defensores arrojase sobre la cabeza de los asaltantes una piedra de gran tamaño, como ocurrió con el protagonista de la historia cantada en el romance:

«¡Cómo sonó la campana
de tu armadura en la peña!»

Así, libación tras libación y verso tras verso, ambos vates, exaltados y satisfechos, dieron fin a su larga serie de octosílabos. A continuación, introdujeron las hojas en un sobre —porque en aquellos tiempos no se exigía aún en los concursos literarios la presentación de los trabajos «mecanografiados a dos espacios y en hojas de tamaño folio»—, pusieron señas y franqueo, e introdujeron la pieza literaria en las doradas fauces leoninas del buzón de Correos.

Al otro día, apagados los entusiasmos que encendiera la tarde anterior el anís, apareció López Anglada en el «salón rojo», para comunicar, cariacontecido, a su consocio en el poema aspirante a flor natural:

—¿Sabes? Resulta que, a cuenta de las copas que empinamos ayer mientras escribíamos, nos equivocamos de poeta, y en lugar de la muerte de Jorge Manrique, hemos descrito la de Garcilaso.

—¡Pero, hombre! ¿Y no podrán concedernos el premio?

—¡Imposible! Jorge Manrique nació en la provincia de Palencia. De modo que el Jurado que el Ayuntamiento designe, conocerá al dedillo todos los detalles de la vida y la muerte del poeta. Sobre todo cuando el certamen ha sido convocado para recordarla.

Parecía, en efecto, imposible, visto con lógica el asunto, que los coautores del «Romance por la muerte de Jorge Manrique» —que por los motivos explicados pasaría a ser, en los versos, la de Garcilaso de la Vega —resultasen laureados por el conjunto de personas, especialistas teóricamente en la materia, encargadas de discernir un ganador entre los trabajos presentados a concurso. Parecía imposible, pero les premiaron. Primer galardón que uno y otro poeta alcanzaban en el espinoso palenque de los premios literarios, en el que tantos éxitos obtendrían ambos después.

* * *

Destacado estudiante en la Facultad de Derecho —todas las asignaturas, salvo dos, figuran con matrícula de honor o sobresaliente en su expediente académico—, Manuel Alonso Alcalde terminaría la carrera en 1942. Al año siguiente, ingresaba por oposición en el Cuerpo Jurídico Militar. Promovido a Teniente en 1945, era destinado precisamente a Valladolid, en donde permaneció hasta el ascenso, en 1948, a Capitán, ascenso que provocaría un nuevo cambio de destino, esta vez a Ceuta. Allí, ya casado con Maruchi Jalón y Pizarro, vallisoletana también, sentaría sus reales, sin perder por ello el contacto con su ciudad natal, especialmente a través de sus artículos en «El Norte».

Fueron años decisivos en la formación de la personalidad literaria y humana de Alonso Alcalde. En 1942, invitado por Francisco de Cossío, inicia su colaboración en «El Norte». En 1945, participa en la fundación de la revista «Halcón»; en el 47 escribe «Hoguera viva» (publicada en la Colección de Poesía Halcón en 15 de setiembre de 1948) libro que tanta repercusión alcanzó en su momento. Miguel Delibes encabezaría con sus versos *La sombra del ciprés,* la novela del Nadal.

¿Por qué este ansia, este amor, estos supremos
anhelos en el hombre? ¿Por qué existe
un destino de amar, bárbaro y triste,
en la ruina de carne que movemos? *

En fin en el transcurso de dieciocho años vivió, leyó y escribió, intensamente, entablando relación con grupos y revistas literarios de Madrid y otras poblaciones, en especial la leonesa «Espadaña», en cuyas páginas se encontraba como pez en el agua la arriscada lírica de Alonso Alcalde, poeta que pasaría a figurar entre los contados que incluyó la famosa *Antología parcial* de Espadaña.

Es ésta época de sueños, de vino y rosas, de enardecida y turbulenta alegría; época de más y más amigos, como Alarcos Llorach, Arteta, De los Cobos, Capuletti, Merino Maroto, los hermanos Antonio, Miguel y Lorenzo Frechilla. Aunque nada de esto impedía a la trepidante vitalidad de Manolo, compatibilizar esa extroversión callejera, que tenía sus horas, con la actividad literaria y la propiamente profesional, compartida ahora con el ejercicio libre de la abogacía, previo su paso de neófito por el experimentado despacho de don Vicente Guilarte, en cuya casa se reunía una nutrida tertulia de variada edad, en la que sobresalía la genialidad narrativa de

* Primer cuarteto del soneto DECIDME, dedicado a Miguel Delibes.

Angel Allué. Vivencias que, unidas a las que recogería, ya en Ceuta, durante su permanencia de cinco años al frente del Juzgado de Distrito de aquella ciudad, aflorarían, luego, con gran realismo, humanidad y ternura, en alguno de sus relatos, *Defensa de oficio* y *Juzgado de Paz,* entre éstos.

* * *

Y es en esa época, también, cuando aparece la revista «Halcón».

El proyecto se fraguó entre López Anglada, Alonso Alcalde y Fernando González, en el «salón rojo» del Cantábrico. Un plan ambicioso, publicar una revista destinada a discutir, romper, derribar santones literarios, «quemar el Louvre y abominar de los antepasados», como pedía en otros tiempos el joven Rimbaud..., aunque, al final, los convencionalismos, amigoterías y paños calientes terminasen, *por fortuna,* por imponerse, dando lugar a una publicación, si no ácrata, literariamente hablando, sí eficazmente constructiva. Pronto entraron en contacto con Arcadio Pardo, de menos edad y, por lo mismo, aún más fogoso que ellos, si cabía. Arcadio echó sobre sus propios hombros las tareas administrativas y burocráticas, una labor monótona y sin brillo, pero imprescindible para la buena marcha de empresas editoriales de ese género, aunque sin olvidar, por supuesto, su participación literaria en la revista.

Fueron momentos de entusiasmo, los que precedieron a la aparición de la primera entrega, y es lástima que sus protagonistas hayan olvidado, a causa del transcurso del tiempo, multitud de detalles anecdóticos que podrían resultar, vistos con mirada retrospectiva, sumamente interesantes. Aquel primer ejemplar, hoy casi arqueológico, resulta, por su formato, de una ingenuidad e inexperiencia conmovedoras: portada tintada en rojo, con grandes versales y el dibujo, debido a la plumilla de Antonio Merino, de un fiero halcón; constancia de la fecha de salida, septiembre de 1945 y de los nombres, en recuadro, del grupo directivo, más un enfático índice del contenido del cuaderno, cuyas atípicas dimensiones, buscadas sin duda por un deseo de originalidad, rechazan, más que acercan, al lector. Iba también en aquel número una sección de crítica, que ya no abandonaría a la revista mientras ésta duró, llevada a cabo por su director literario Fernando González, vate canario catedrático de Literatura, que residió durante muchos años en nuestra ciudad —como esposo de la profesora de Francés del Instituto «Zorrilla», Rosario Fuentes—, aunque separado de su cátedra por motivos políticos. Don Fernando, como le llamaban en «Halcón», era hombre maduro y reposado, de aguda conversación y gran sensibilidad para las letras, pero dotado de un espíritu juvenil que conectaba perfectamente con el de los restantes miembros del grupo. El fue quien dirigió también la Colección HALCON de poesía,

filial de la revista, que patrocinada por Pablo Puente Paz, prolongó su existencia bastante más tiempo que aquélla. Porque *Halcón*-revista sólo duró trece números.

Aquel primer número debió constituir una especie de banco de pruebas, puesto que la entrega número 2, del mes siguiente, presentaba ya un formato normal, al que la publicación se atendría fielmente en el futuro. Lo mismo que a su inicial criterio de selección y aceptación de originales, ya que, según se advierte desde sus comienzos, «Halcón», contrariamente a lo que hacían —y aún hacen— similares publicaciones de uno u otro signo, nunca se permitió discriminaciones ni distingos por motivos ideológicos o políticos, gracias a lo cual pronto se convirtió, como recientemente ha reconocido algún estudioso, en «un generoso proyecto aperturista de comunicación literaria».

CEUTA. SOLEDAD LITERARIA. MADRID

Los largos años que vivió Alonso Alcalde en Ceuta, lo fueron de una casi absoluta soledad literaria, si bien, a cambio, ganase en poco tiempo el general afecto de la población. Aún no hace muchos meses, rendía ésta a *«nuestro adoptivo paisano»*, como le llamaban, un cálido homenaje, en el que se refirieron al enaltecido con elogiosas frases alusivas a *«su simpatía, su entrega a los demás, su sencillez y su eterna sonrisa»*.

Y es, sin embargo, a esa «casi absoluta soledad» a la que M.A. Alcalde debe el renombre y el lugar que ocupa en las letras. El mismo nos lo explica en los siguientes términos:

«Escribí con gran intensidad en aquellos lejanos tiempos, aunque, prácticamente, sin posibilidad de contrastar con otras personas, exceptuada mi mujer, los valores o defectos que pudiera ofrecer mi obra en su inevitable evolución. A fin de subsanar este vacío y conocer «desde fuera» los méritos o deméritos de aquélla, no encontré otro procedimiento más a mano que el de acudir a los concursos literarios, tratando así de colegir, a través de la puntuación obtenida o puesto alcanzado entre los autores seleccionados o finalistas, si mis escrituras iban por buen o mal camino. Esto suponía, desde luego, someterse a un solitario y sostenido ejercicio de humildad, pero no me arrepiento, ya que la humildad «imprime carácter» y el sistema me ha procurado, en compensación, una cadena de triunfos de la que puedo sentirme más que satisfecho.»

Por ejemplo, la primera vez que participó en un concurso de cuentos, el prestigioso «Leopoldo Alas» en este caso, quedó finalista, a un voto de distancia, de Mario Vargas Llosa, *«de forma* —media Alonso Alcalde—

que casi de sopetón me vi convertido en cuentista, cosa, por otra parte, nada extraordinaria en un poeta, si se considera que las íntimas estructuras de poema y relato breve coinciden en lo esencial».

Un certamen lo transformó en narrador, y otro, el "Ateneo de Madrid", en dramaturgo, semilla que venía germinando en su interior desde su infancia, si nos atenemos a la nota que publicaba la revista del colegio y que hemos reproducido anteriormente.

* * *

Teniente coronel en el año 69, pasa a residir en Madrid, donde permanece desde entonces con los grados de coronel y finalmente de general auditor. Bien relacionado con hombres de letras y de teatro, apenas si sigue de cerca la llamada "vida literaria". El opta por trabajar en solitario, ya que, en su opinión, "la función social del escritor consiste en escribir, y todo lo que no sea esto, además de adjetivo, resulta incluso contraproducente para esa tarea". Y él se muestra consecuente con sus propias palabras, ya que publica libros, estrena piezas dramáticas, y colabora con los medios de comunicación, resistiéndose, en cuanto le es posible, a "figurar".

Alonso Alcalde muere en Madrid, roto su corazón, el 19 de enero de 1990. En su última entrega de Adonais, "Mirando al otro allí", une fe y esperanza en la unidad de vida del quehacer de cada día amalgamada por el amor. El amor. Este es su legado:

"Me habpian enseñado un paraíso
con ángeles azules, con violines;
un paraiso de lirios y jazmines
que mullían la alfombra de su piso.

¡Legué a reconstruirlo tan preciso
que aún veo entre una fronda de jardines,
el paraninfo de los serafines
con túnicas y alas como friso!

Bóveda de cristal y teología,
bajo una luz helada, neta, cruda,
de quirófano. Así lo fui soñando.

Y es que entonces -¡qué niño!- no caía
en que al decir "amaos", ya no hay duda:
el paraíso empieza aquí. Y amando.

José María DE CAMPOS SETIEN,

Presidente del Ateneo de Valladolid.